

Hoja Dominical

APROBADA Y BENDECIDA POR LOS SEÑORES OBISPOS DE COSTA RICA

AÑO
XVIII

Redacción y Administración
PP. Capuchinos, Cartago.

5 ejemplares semanales
C 7.00 al año.

50 ejemplares semanales
C 1.25 cada semana.

Nº.
840

SANTORAL

Dom. 24 X después de Pentecostés.—Santos Francisco Solano, Lorenzo de Brindis y Vicente mr.

Lun. 25 Santiago apóstol, y los mrs. Juan Evangelista, Pablo y Teodomiro.

CUARTO MENGUANTE a las 8.25 a. m.

Mart. 26 Santa Ana, madre de la Inmaculada Virgen María y Jacinto y Valente mrs.

Miérc. 27 Santos Celestino papa, Pantaleón médico, y los mrs. Félix y Julia.

Juev. 28 Santos Nazario, Víctor, Eustaquio y Acacio mrs.

Viern. 29 Santa Marta vg., Félix II papa, y Simplicio, Faustino, y Beatriz mrs.

Sáb. 30 Santos mrs. Abdón, Senén, Rufino, Máxima, Donatila y Segunda.

CORTE DE LA DIVINA PASTORA

El sábado día 30, corresponde obsequiar a la Divina Pastora de las almas, con los cultos correspondientes al Coro 26 de que es Celadora la señorita Claudia Céspedes V.—María Santísima es: «Rebeca verdadera y fidelísima, a quien Dios hizo donación de toda herencia».

(B. Alberto Magno).

Domingo X después de Pentecostés

Evangelio según San Lucas—Cap. XVIII.

En aquel tiempo dijo Jesús a ciertos hombres que presumían de justos y despreciaban a los demás, esta parábola: Dos hombres subieron al templo a orar: el uno era fariseo, y el otro publicano o alcabalero. El fariseo, puesto en pie, oraba en su interior de esta manera: Oh Dios, yo te doy gracias de que no soy como los demás hombres, que son ladrones, injustos, adúlteros, ni tampoco como este publicano. Ayuno dos veces a la semana; pago los diezmos de todo lo que poseo. El publicano, al contrario, puesto allá lejos, ni aún los ojos osaba levantar al cielo, sino que se daba golpes en el pecho, diciendo: Dios mío, ten misericordia de mí que soy un pecador. Os declaro, pues, que este volvió a su casa justificado, mas no el otro: porque todo aquel que se ensalza será humillado: y el que se humilla será ensalzado.

Aplicación moral

Atengámonos por tanto a la máxima divina del Evangelio: humillémonos para ser por Dios ensalzados. Dependemos de El; no adoptemos la necia actitud del prescindente desligado de compromisos sobrenaturales y de necesidades espirituales: tengamos siempre presente la triste realidad de nuestro ser combatido por el dualismo original entre la carne y el espíritu. A la osadía ridícula e impía del espíritu, contesta invariablemente la lujuria de la carne, que tira a someter el alma al cuerpo y la libertad al instinto. La tentación del mal nos toca así por los dos extremos con los que emparentamos con los ángeles y con las bestias, y no podremos vencerla sin el auxilio divino; si no lo imploramos humildes, caeremos en el lodazal del pecado, quedaremos hundidos en nuestra propia miseria; tal es el castigo de los que no saben orar, de los que no conocen sino comparándose con los más malos y perversos, recurso muy cómodo para creerse bueno y superior a sus semejantes. El punto de comparación para saber lo que somos es Dios únicamente; puede ser que el orgulloso no sea adúltero, ladrón u homicida como otros seres degradados: puede ser que abo-

minemos de la vida escabrosa de muchos publicanos y gentes sin escrúpulos, pero también es muy posible que, sin llegar a esos extremos, seamos realmente malos y no cumplamos nuestros deberes elementales de cristianos; que un padre descuide gravemente lo que debe a su hogar, y una madre el decoro de su persona y de sus hijas, un comerciante la delicadeza en los negocios, y un hombre de Estado la justicia y la rectitud en su proceder; el fariseo vive a veces bajo las bóvedas del templo arrogantemente, dispuesto a creerse mejor que todos y a dar gracias a Dios, cuando debería pedirle perdón y misericordia.

La modestia es el primer elemento de la civilidad y buena educación en el trato con nuestros semejantes pero ella no basta, sería solo un barniz que cubriría apenas el orgullo interior; es preciso ser humilde, reconocer lo bueno que se tiene, pero atribuirlo a Dios y creer que, sin su gracia, no podríamos conservarlo y menos acrecentarlo. Dios es la misma excelencia y se conoce bien a Si Mismo, pero el orgullo no cabe en su Ser Divino, infinitamente Bueno e inclinado a favorecer y a amar a lo

que es pequeño y salido de sus manos omnipotentes; esto es la humildad, un remedo de la Bondad divina, la oposición al egoísmo, la inclinación hacia nuestros semejantes sin ostentación, con amor; lo cual nos hará fácil el trato con todos, suavizará toda aspereza nacida de la diversidad de educación, de fortuna, de gustos y de aptitudes; aparecer humildes, es, en una palabra, condición indispensable para la vida social, pero serlo, es condición precisa para tratar con Dios y recabar de su Bondad lo que nos falta.

COMUNISMO

VI

La fraternidad comunista corre parejas con la libertad e igualdad sociales que utópicamente pretenden implantar en este desgraciado paraíso terrenal.

Cansados estamos de oír las celebérrimas frases del Congreso Internacional de Bruselas «No tenemos más que una patria, la humanidad; un sólo enemigo, el capital».

No obstante estas significadoras frases, que tantos aplausos arrancaron en aquella concurrida asamblea, la humanidad, patria única del comunismo contemporáneo, gime, llora inconsolable, las desastrosas consecuencias de todas las emociones sociales, promovidas en el mundo entero por el bien y para el bien de la humanidad. ¡Qué sarcasmo!

Recorred el mundo entero; registrad la prensa de todas las naciones y de todos los partidos políticos; investigad las causas de las profundas y amargas miserias, morales y materiales que sobre la humanidad se ciernen y veréis como la prensa mundial proclama en todos los países y bajo todos los climas y latitudes, que las teorías del comunismo conducen inevitablemente la humanidad-patria a la más espantosa miseria individual y social. Esta, es decir la miseria, la indigencia y pobreza de las masas, es la decantada fraternidad del mundo social comunista.

No verdadera fraternidad a espaldas de la Cruz, porque la fraternidad, que no se basa en Dios, que es amor, no es fraternidad, sino la moneda falsa de la fraternidad, cristiana, que en todos los momentos de la vida social e individual se compadece del necesitado y remedia, en nombre de Dios, los infortunios y miserias de la vida. Esta palabra fraternidad, que envuelve en su concepto la más gloriosa y primitiva epopeya del hombre, invocada por todos los jacobinos, demagogos y comunistas, pasados, presentes y futuros, no les pertenece, no existe en sus conciencias libertarias, esa palabra no procede de la tierra, tiene origen en el cielo y fué enseñada con la palabra y el ejemplo del divino Maestro, que no tuvo más almohada para recostar su cabeza divina que la Cruz y que, durante su mortal carrera se compadecía y se compadece de las turbas, que ansiaban oír sus palabras de vida eterna.

No. Digámoslo bien alto, que lo oigan claro esas masas turbulentas, amenazadoras de la paz social. No somos hermanos por ningún pacto humano, ni por convenios internacionales, ni por intereses creados del tiempo, que hoy existen y mañana desaparecen. Somos hermanos, porque procedemos del mismo tronco del gran árbol de la familia humana, que comenzó en Adán especie, donde están todos los individuos de la humanidad. Somos hermanos, porque somos hijos del mismo padre celestial, que con providencia individual y universal cuida de la humanidad en todas las generaciones. Este, y no otro, es el origen y la procedencia de la palabra «Fraternidad» que los comunistas invocan, que no les pertenece, ni la practican, sino que es un plagio, un verdadero robo del lenguaje cristiano que el comunista abomina y detesta.

Sí, benevolo lector, fijate bien y no lo olvides, somos todos hermanos en el orden social, porque la sociedad, no es producto de la industria humana, sino una tendencia natural que Dios puso en el hombre desde el acto de la creación, haciéndole socia-

ble por su naturaleza propia. Esta hermandad social, no es, por lo tanto, obra y gracia del comunismo, sino consecuencia natural de la misma sociabilidad natural del hombre, que arranca de la misma esencia del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, libre, consciente y apto para vivir con sus semejantes.

La fraternidad universal de los comunistas, que constituye su patria ilusoria, no es la fraternidad cristiana. Esa fraternidad no es, para el bien, sino para el mal. No es para el orden social, sino para el desorden de la sociedad misma. Esa fraternidad desnaturalizada, que rompe los vínculos sagrados del hogar y de la familia, es simplemente la unión material o la solidaridad de las masas sociales confabuladas y revolucionadas para el gozo, placer y libertinaje en que ellos cifran la felicidad del hombre.

Tiene, pues, por fin único la fraternidad comunista la mayor corrupción en el menor tiempo posible y el peor y mayor uso de los llamados derechos del hombre, convertido por ellos en bestia. Esta fraternidad falsa empieza y termina en los desordenes mundanales...

Mas, no es esa la fraternidad real y verdadera, que dignifica y engrandece al hombre y la sociedad. Esta fraternidad santa descende del cielo, acompaña al hombre abnegado que se sacrifica por sus hermanos, se identifica con el hombre cuanto más la practica, formando en él un verdadero hábito y transformada por el amor y por la caridad cristiana se remonta sobre todas las pasiones y miserias del tiempo para perfeccionarse y consumarse en Dios.—R. P. C.

CONSULTORIO POPULAR

PREGUNTA.—A. S. *Sin poder remediarlo me siento deprimida y tentada contra la Providencia al ver los males, así del orden material como religioso, que sufrimos. Le agradecería que me dijera qué debo hacer y por qué permite Dios estos males y estos desastres.*

RESPUESTA.—Ahí es nada lo que pide nuestra lúgubre y desolada consultante. Cállese, deje esos trenos jeremíacos, revístase de luz y de fortaleza y no desmaye ante ese problema pavoroso y eterno, verdadera piedra de escándalo, en que viene tropezando, en todo lo que va desde el origen de los tiempos, este perpetuo y gran niño que se llama el mundo, o, por mejor decir, el hombre que habita en él. Por lo demás, no ya el limitadísimo espacio de que podemos disponer, pero ni varias publicaciones fueran suficientes para responder a semejante pregunta.

Tiene el tal problema su razón de ser y radica su causa primordial en que nos forjamos del mundo, y del universo una visión empírica, pobre, particularista, ingenuamente aldeana. Salimos de casa un día de fuerte helada, damos un resbalón y se nos fractura la pierna, y nos faltan en seguida palabras para maldecir el frío y los hielos y al buen Dios que los crió. Se nos cae una teja en la cabeza, y nos rebelamos contra toda la arquitectura del Universo, renegando de Dios y de los hombres. «No, dice San Agustín: hay que elevarse de esa concepción particularista y mezquina a las leyes generales del Universo. «Acostúmbrate a ver en la universalidad de las cosas una hechura de Dios, a estudiar la naturaleza de las cosas como un maravilloso y grande libro: y si hallas algo que te ofende, atrévete a decir que no lo entiendes, más bien que a reprender al Autor. Así nunca caerás en estas simplezas y blasfemias, y sin entender de dónde viene el mal, evitarás el cubrir de males a Dios». (Contra Faustum, L. 32, n. 20). Linda, en verdad, y exactísima comparación: el Universo es un grande y portentoso libro, ininteligible en muchos pasajes y sellado, en gran parte, para nosotros; topamos tal vez con cosas que nos desconciertan o hieren nuestra razón, confesemos nuestra ignorancia. Dios que sabe infinitamente más que nosotros, es el autor del libro y, por consiguiente, debemos creer ser igualmente bueno y

verdadero lo que comprendemos, como lo que no llegamos a columbrar. En mayor proporción deberíamos tener la prudencia que Diógenes Laercio nos retrata en Sócrates ante el libro de Heráclito: «Lo poco que he entendido—dice el gran maestro—me parece buenó. Supongo que también lo será lo que no he alcanzado a entender». Así debiéramos proceder y así proceden las personas sabias en Dios en todos los acontecimientos prósperos y adversos que acontecen; esta confesión humilde es la solución abreviada de todas las dificultades y la tapadera de todas las blasfemias. Es peligroso, dice un autor, acercarse a ciertas cuestiones con presunción y frente levantisca; y lo propio podríamos afirmar nosotros de ciertos sucesos y contratiempos. Queremos manejar el mundo con nuestras cabecitas locas, como si fuera un juguete de reloj, quitando y poniendo piezas a nuestro sabor; cuando el Universo es una máquina, que no hemos montado nosotros, y tampoco podemos desmontarlo. Tal vez queremos quitar un roce y comenzamos por suprimir la pieza fundamental de su mecanismo.

Mientras todo nos va viento en popa y sale a tenor de nuestro gusto, parécenos armónica y maravillosa la disposición del Universo y sabia y óptima la Providencia divina; pero viene la adversidad, nos alcanza una privación, nos sorprende un adverso accidente, y ya no nos parece tan buena la Providencia de Dios ni tan concertado el orden del Universo. Es tal nuestra miopía espiritual, tan ingenua y tan infantil nuestra ignorancia, que siendo como es todo mal una privación de bien, y suponiendo, por consiguiente, siempre un sujeto más o menos rico de bienes, lejos de pararnos en reconocer y agradecer al Criador los bienes que nos ha dispensado, nos cebamos particularmente, casi únicamente en la privación de los mismos. Nos lo dice la experiencia de cada día. Alguien pierde la vista y tal vez la blasfemia sube a la garganta para decir a Dios: «¿Por qué me has privado de los ojos?» Y Dios podría muy bien replicarle: «Explícame tú antes por qué tienes los ojos y nárrame las excelencias y las glorias de la luz». La réplica no puede ser más justa y más puesta en razón. Los ojos son un misterio de bondad muy arcano e inexplicable como el castigo de una ceguera. Y nosotros pasamos por alto aquel gran misterio, y nos encaramos violentamente con el otro, porque nos molesta. Conviene, pues, en semejantes problemas cómo nos enseña San Agustín, despojarnos de todo espíritu empírico y partidista, para abarcar con una mirada amplia y generosa el Universo y sus leyes generales. Con espíritu laico y egoísta, como observa muy bien un autor, hemos arrojado a Dios de la naturaleza y de la convivencia humana, y le exigimos después y le recriminamos por qué no impide las tormentas y los rayos, las guerras y las revoluciones sociales. Eso es lo que llamaría el Aguila de Hipona querer *usar de Dios*, en vez de gozarle, concibiéndole como un medio para gozar nosotros lejos de El.

Por hoy nada más decimos a nuestra consultante sobre el particular, del que hay para hablar largo y tendido.

LA MODA NO ES REGLA DE MORAL

¡Es moda!

Pero la cuestión no es esa. La moda no es regla de moral.

La cuestión es ésta: ¿es honesto?

Porque si honesto no es, por muy de moda que sea, ninguna mujer que quiera pasar por honesta podrá vestir de ese modo.

Dios no consulta los figurines de moda para juzgar.

¡La moda!

La moda es ahora la desaprensión.

La moda es ahora el aflojamiento de las conciencias.

No deja, sin embargo, de ser cosa abominable todo eso, por muy de moda que sea.

Abominable, porque es inmoral.

Abominable, porque es piedra de escándalo.

Abominable, porque la Iglesia lo condena.

Se quejaba amargamente una madre de la proccidad de unos jóvenes que, al paso de sus hijas, les habían dirigido un requiebro brutal.

Queja infundada: lo habían provocado ellas con sus aires desenvueltos y su traje muy de moda, muy a la *última*.

¡Hay que ver cómo iban ellas!

Y como esa madre hay muchas.

Tienen ojos y no ven.

Tienen experiencia de la vida y no lo parece.

Son madres y no llegan ni a madrastras. Una madrastra cuidaría más del honor y del recato de las que no son hijas suyas y como a las hijas tiene que cuidarlas.

¡Es la moda!

Pero la moda no puede justificar lo injustificable.

Ni hacer bueno lo que de suyo es malo.

Ni prevalecer contra las amonestaciones de la Iglesia.

La moda no es marca de garantía.

La moda no es sello de legitimidad.

La moda no es más que eso: la moda.

Y en este caso un estigma de ignominiosa esclavitud.

Sólo la inconsciencia puede rendirle culto.

¡Es la moda!—Excusa vana.

Cuando llegue el día de la cuenta, Dios no admitirá semejante excusa.

El demonio quiso perder a las almas, y se dijo: me valdré para ello de la carne.

Pero como él no puede dejarse ver, tan repugnante es su figura, se acercó a la tierra, llamó a los suyos, y les dijo: «cread la moda; la moda es la mundanidad. ¿Quién podrá contra nosotros?»

¿Qué es la moda? El *mundo* dando al *diablo* posesión de las almas por medio de la *carne*.

Pero Dios exige de todos que renunciemos al demonio y a sus obras; al mundo y a sus pompas; a la carne en sus bajos estímulos.

Y sólo el que renuncia a eso, puede contar con su misericordia.

¡Es la moda!

Pero la Iglesia la condena.

El sentido cristiano la rechaza.

El propio pudor la recusa.

Dios abomina de ella.

¿Se necesita más?

EL MENSAJE DE UNA REINA

En estos tiempos en que los Gobiernos, en general, prescindan completamente de Dios y hacen esfuerzos, que a veces los lleva hasta el ridículo, por evitar aun la mera mención de su Santo Nombre, como sucede en esa magna asamblea internacional que se llama Liga de las Naciones, admira y encanta, a la vez, la naturalidad y sinceridad con que este Santo Nombre brota de los labios de la Reina de de Holanda en un mensaje lleno de afectos y piadosos sentimientos, que aun no hace mucho dirigió por radio a todos sus súbditos.

Comienza la Reina dando gracias a Dios, porque por medio del radio puede comunicarse con sus súbditos, como si a todos los tuviera allí presentes. En medio de las necesidades materiales y espirituales que tan gravemente pesan sobre los espíritus y que amenazan a todos con la privación del goce y de la felicidad de la vida, les invita a levantar sus pensamientos hacia Jesucristo, que vino al mundo a enseñarnos, con su divino ejemplo, a soportar nuestras penas; y arrojar sobre ellas el bálsamo de su amor. Este amor, continúa, debe disipar nuestras tristezas. Este amor debe traer la paz a nuestras almas. Debe incitarnos a orar con la viva confianza de que Dios nos escucha. Debe, sobre todo, enseñarnos a someter nuestros propios deseos a la voluntad de Dios, conformando a la suya la nuestra.

Nuestros días, tan tormentosos, requieren de nosotros mucho ánimo, mucha energía y mucha fe. Todo eso lo hallaremos en el amor de Dios y en nuestra unión con El por medio de la oración. Toda cruz que con Jesucristo llevamos; se transformará, casi sin sentirlo, en dulzura.

Felices los súbditos de tan gran Reina—diremos nosotros.

AL GLORIOSO APOSTOL SANTIAGO

PATRON DE ESPAÑA

¿Y qué extraño que tu nombre
belicoso grita sea
que inspire en ruda pelea
hazaña que al mundo asombre?

En esta tierra de España,
cuando tu pueblo se alzó,
otro grito no se oyó
del palacio a la cabaña.

Hijo tuyo por la fe,
me pregunto contristado:
de tanta fe ¿qué ha quedado?
de tanta gloria ¿qué fué?

Y la preciosa semilla
que tu mano sembro aquí
apenas crece ¡hay de mí!
en el suelo de Castilla.

Mas ¿qué digo ¡vive el cielo!
aún nuestros pechos inflama
de tu fe la ardiente llama
en este clásico suelo.

Multitud creyente veo
que, cual siempre, mira ahora
en tu espada vencedora
su más glorioso trofeo.

Mas si osada la impiedad,
pretendiera ¡que mancilla!
la fe arrancar de Castilla,
confunde tanta maldad.

Y esta espada, que honra y prez
es del pueblo castellano,
con potente y briosa mano,
desenváinala otra vez.

Y la impiedad en su saña
y en su afán perturbador,
oiga el grito aterrador
de ¡Santiago, cierra España!

INTERMEDIO MUSICAL

La música es algo connatural en el hombre, algo que está íntimamente relacionado con los más recónditos sentimientos de nuestro espíritu. El axioma popular, que a todos los mortales nos asigna tanto más, tanto menos de músicos, poetas y locos, no es más que un reflejo exacto de la realidad cotidiana.

Concretándonos, lector, al lote musical que nos ha cabido en suerte a cada cual de los humanos, voy a presentarte un botoncito de muestra que, si no pasa de ser una insignificancia viene a corroborar que todos somos, por naturaleza, músicos.

¿Hay quién dude, por ejemplo, que un piano es el mueble más simpático de cuantos adornan nuestras casas? Nuestra civilización, nuestras costumbres modernas le han hecho el honor de considerarle indispensable como elemento decorativo. Aunque en la práctica este instrumento jamás queda circunscrito a ese limitado fin. Porque, indefectiblemente, habrá tantos aspirantes a tocarlo cuantos hombres y mujeres hay en casa.

Todos en él ponemos nuestras manos

Un piano será siempre la invención del hombre que más irresistible y misteriosamente atrae sobre sí las humanas manos. Todo el mundo sabe tocarlo...con un dedo... Afortunadamente, poseemos cada quien una *partitura* simplísima que, por una fatalidad inexplicable, es la obligada de todos, es del dominio de todos, ejecutada por todos... con más o menos perfección presumida o efectiva. Confíesalo sinceramente, lector: ¿no es verdad que alguna vez en tu vida has tocado el *No me mates?*...

Hay también excepciones

Las hay, ciertamente, como se encuentran respecto de otros sentimientos connaturales al hombre. Aunque no abundan, se dan también *monstruos* musicales que, como Teófilo Gautier, abominan de la música, llamándola «el más desagradable de todos los ruidos, porque es el que dura más rato». Se dan como Leconte de Lisle, quien estúpidamente define la música por «la más estúpida invención humana, que consiste en rascar las tripas de carnero con crines de caballo». ¡Lamentable suerte llegar a ser un completo desheredado de la música!... Abominar de ella constituye una perversión humana, y quien tal hace, es acreedor al estigma ignominioso de Shakespeare: «El hombre que no lleva en su alma ninguna clase de música ni se siente emocionado por la dulce consonancia de los sonidos, es traicionero, perjuro y malvado; los movimientos de su alma son tenebrosos como la noche y sus inclinaciones perversas como el Erebo. No os fiéis jamás de semejante hombre»...

Pero a despecho de tales y tan deshonorosas excepciones, el sentimiento de la música seguirá siendo connatural

en el hombre y un integrante preciso de la humana felicidad.

Todos (con excepciones numerosas) somos muy señores nuestros en renunciar al cigarro de la boca, pero ¿quién es capaz de renunciar a la música, que según ha dicho un novelista alemán es el *cigarro del oído?*

UN TRISTE RECORD

Triste e ignominioso es el Récord que la prensa concedía a la capital mexicana, al relatar, en días pasados, varios raptos vergonzosísimos, cometidos por personas que aún están en su niñez o en los primeros años de su juventud. Pero, ¿cómo se puede esperar otra cosa allí donde el Gobierno arrebató, por una parte, al pueblo la educación y formación religiosa, que debe recibir en las Iglesias y en las escuelas, y por otra, permite que se llenen las calles del cieno de las ideas más inmorales?

Ante este incremento extraordinario que ha tomado la criminalidad en sus diferentes formas, como suicidios, atracos, raptos, etc., sobre todo entre la gente joven, hace ya algún tiempo que los padres de familia mexicanos se disponían a desarrollar una campaña educativa, con el fin de salvar las almas de sus hijos de la ruina moral que por todas partes les amenaza. Existe para el efecto la organización titulada Unión de Padres de Familia, cuyos miembros están resueltos a defender el alma de sus hijos «disputándola palmo a palmo a la acción desmoralizadora que está destruyendo la integridad de los hogares mexicanos».

Ese es el remedio, ahora que les cierran las iglesias, les privan de sacerdotes y les arrebatan la libertad de educar religiosamente en sus escuelas: convertir cada hogar en un templo y una escuela, donde los padres sean en cierto modo sus sacerdotes, dirigiendo las preces y demás actos religiosos y sean también asiduos y diligentes educadores de sus hijos con sus buenos ejemplos e instructivas enseñanzas.

EDUCACION MODELO

¡Ay Santa Ana de mi vida!
—exclama doña Teodora—
¡qué juventud la de ahora:
cuánto sabe, qué atrevida,
Y acabando de cenar,
se va al *cine*, tan campante,
con sus hijas por delante
¡porque les gusta la mar!

Imp. EL HERALDO, Cartago